

LA ESTÉTICA AL SERVICIO DE LA FE¹

FRANCISCO SÁNCHEZ ABELLÁN

1. APROXIMACIÓN A LA IDEA DEL ARTE

Hablar del arte es hablar del hombre, pues ambos son inseparables; porque el arte es la expresión más completa del ser humano. A través del arte lo anímico se hace visible y al mismo tiempo la materia toma alma y se impregna de humanismo.

La realidad muchas veces agresiva, elevada a categoría de arte, se transforma en una "fiera amansada" que "... ostenta una estructura casi sacramental" pues la materia queda transfigurada por el "hálito del espíritu creador"². Podríamos decir que el arte es el punto de encuentro entre el hombre y el universo.

2. CARACTERÍSTICAS DEL VERDADERO ARTE

La *belleza* debe ser a la vez moral, porque belleza sin moral, constituiría un desorden en sí misma que le impediría ser belleza, pues ésta debe estar moderada por la *sofrosyne*, virtud cardinal en Platón y en los estoicos³. Los conceptos de *bonum* y *pulchrum* (bondad

1 Para una mayor información sobre este tema puede leer mi artículo "*Arte y Evangelización*" publicado en la revista "Scripta Fulgentina", año II, nº 4. (Murcia 1992/2), Julio-Diciembre, pp. 71-96.

2 Cf. "*Las Edades del hombre*". El arte en la Iglesia de Castilla y León, Salamanca p. XXXI. Cf. también F. COLOMER FERRANDIZ, *La Mujer Vestida del Sol*, Ed. Encuentro (Madrid 1992) p. 77. Colomer en esta obra habla de los iconos como "sacramentales de la presencia personal". Y el H. PFEIFFER, cuando habla de la imagen de Cristo en los iconos, dice: "Sotto le mani di un tale artista cristiano la materia stessa, la tavola e i colori, saranno per così dire tocati dal divino e resi capaci di formare e rispecchiare l'immagine divina"; en la revista *Nuova Umanità*, ed. Città Nuova, nº 39, Maggio-giugno, (1985) p. 53. Y ROMANO GUARDINI dice que "Toda obra de arte auténtica es, por esencia, "escatológica", y refiere al mundo, más allá de sí mismo, hacia algo venidero"; de su obra *La Esencia de la Obra de Arte*, Ed. Guadarrama (Madrid 1960), pp.62, 69, 72.

3 Recordar: "*sanidad moral y mental*", "*mente sana*" en Act. 26, 24-25; también "*cabeza bien formada*", y en sentido global sería la virtud de la moderación. La *sofrosyne* ocupa el palco de honor de los grandes valores

y belleza) se confunden en la mente griega hasta el punto de que ambos términos son expresados con la misma palabra: *kalós*⁴. "*Pân dê agathón kalón, tò dê kalón ouk ámetron*"; todo lo bueno en verdad es bello y lo bello no es desproporcionado, porque la belleza es el esplendor de lo verdadero que diría Platón⁵. San Agustín, por su parte, siglos más tarde, definiría la belleza como *splendor ordinis*. Desde Platón belleza, bondad y verdad constituyen una sola "realidad"; son como tres dimensiones del ser.

Otra característica de la obra de arte es la *creatividad* y ésta no se da sin una cierta *inspiración* que es como un aliento divino que entra en un profeta o en un artista y le da algo que es totalmente libre, aunque el autor no sea consciente de ello. En la creatividad se da una cierta afinidad entre Dios y el artista. Mientras que Dios crea de la nada, el artista, de casi nada, siente nacer una chispa, intuye por primera vez una imagen, percibe una melodía jamás oída; concibe un edificio, un cuadro y libremente lo transforma en realidad. A pesar de la ilimitada diferencia entre el artista y Dios, sus actividades se parecen. Ya el Concilio Vaticano II, hablando de los artistas les dice que "recuerden siempre que su trabajo es una *cierta imitación sagrada* de Dios Creador y que sus obras están destinadas a la instrucción religiosa"⁶.

3. FORMACIÓN Y FUERZA LIBERADORA DEL ARTE

Todos llevamos en nuestro interior sueños de perfección y candor que chocan frecuentemente con la dura y decepcionante realidad. Pero llega el artista y, como arrebatado por un cierto "toque" interior, crea la imagen que viene a ser como una compensación trascendente de las lagunas de la vida. Y de esta forma se convierte en el intérprete de la colectividad a la que pertenece; es como su antena más sensible. Pero al mismo tiempo debe crear su obra más allá de toda utilidad pública o privada, como un don gratuitamente ofrecido⁷, y sin convertirse en un fin absoluto en sí mismo⁸, aunque razones didácticas, económicas o pedagógicas hayan propiciado la creación de su obra. De esta forma la obra bella, al modo de la tragedia clásica, produce en el espectador el liberador efecto de la purificación (*katársis*)⁹.

Este efecto liberador se da en dos tiempos. El primero es el momento de la creación

griegos, como "*métron áriston*" de Cleóbulo, "*medén ágan*" de Solón, y el "*gnóthi sautón*" de Quilón o Tales; los dos últimos estaban en el zócalo del templo del Apolo de Delfos, dios de la sabiduría para impresionar a la mentalidad helénica. Podemos decir que la *sofrosyne* es el correctivo de *hybris*, arrogancia, orgullo.

4 Cf. ISIDORO RODRÍGUEZ, *Antigüedad Clásica y Cristianismo*, Universidad Pontificia de Salamanca. Biblioteca de la Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Salamanca (1983), p. 13.

5 Cf. PLATÓN, *Timeo* 87c-90d.

6 Cf. VATICANO II, *Sacr. Con.*, 127.

7 Cf. *Las Edades del Hombre*, o.c., p. XXXI.

8 Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, nº 2.501.

9 Cf. TH. MERTON, *Incursiones en lo Indecible*, Ed. Plaza Janés (Esplugues de Llobregat 1973), p. 27

de la obra en sí misma. El artista libera las más diversas emociones que todos llevamos dentro, dándoles forma. Y en un segundo tiempo entramos nosotros los espectadores, que aunque seamos incapaces de manejar los instrumentos del arte, sentimos que “alguien”, el artista, ha expresado lo que nosotros llevamos dentro; se convierte en nuestro intérprete, pues da cuerpo y alma a las realidades y sentimientos espirituales que anidan en nuestro yo más profundo.

Y aquí nos nace espontánea una pregunta: ¿De qué servirían las obras de arte si no tuviéramos desarrollada la formación y capacidad suficientes para disfrutarlas? Si la “inspiración” es necesaria para crearlas, también nosotros necesitamos una cierta “gracia” perceptiva para gozar de la obra creada; gracia que, aunque está innata en nosotros, debemos desarrollarla con la formación y el estudio.

Nos suena ya a tópico la frase: ¡Que el pueblo tenga acceso a las obras de arte! Pero ¿cuándo comprenderemos que este público abandonado a su propia suerte nunca logrará nada? No basta con abrir los museos al pueblo, “es necesario crear una aptitud para la contemplación de la belleza que en general la multitud no tiene. Y por multitud entiendo, no sólo el pueblo llano, sino también un gran número de personas de las llamadas cultas.” “¡Hasta un hombre de la competencia e ingenio de Burckhardt se preguntaba ante la Noche de Miguel Ángel, si era posible que un ser humano durmiera en aquella posición”¹⁰.

La gente sencilla está, además, desorientada, pues lo que considera bello, los “llamados entendidos” dicen que es feo, y viceversa. Los “no entendidos” están sentenciados a prestar su asentimiento a los críticos con autoridad y a los guías patentados, o a fingir que comprenden y les gusta una obra para no hacer el ridículo y dar la imagen de que entienden, propia de personas cultas; o simplemente valoran una obra por la fama del autor aunque no dé la talla de una obra de arte¹¹. Sin demasiados rebuscos recordemos el “falso Goya” descubierto recientemente en Madrid. Mientras se consideraba un “Goya” todo eran elogios y parabienes. Al descubrir que no había tal “Goya” sino que la pintura era de Maella, se apagararon los aplausos, y la obra maestra pasó en pocos días del “Olimpo de los dioses” a la región del catálogo de obras de segundo orden. *Sic transit gloria mundi*, que diría el proverbio latino: ¡Qué efímero resulta el aplauso del mundo!

Incumbe a los estudiosos del arte y guías de museos darnos fechas de autores, dimensiones y atribuciones de las obras, –cosas por otra parte necesarias–, pero sobre todo deberían introducirnos en el alma de los artistas y poder vibrar y sentirnos *coautores* con el autor por el gozo impagable de la contemplación de sus obras.

Las deficiencias en nuestra formación han hecho de nosotros una especie de cuerpos sin “alma”; y en cierto sentido se cumple en nosotros el Salmo 115, 5-6: “Tenemos boca y no hablamos, ojos y no vemos, oídos y no oímos...”.

10 Cf. M.MARANGONI, *Para Saber Ver*, ed. Espasa Calpe (Madrid 1962), p. 27

11 Cf. M. MARANGONI, o.c., pp. 27-33. 40.

Ahora bien, conviene aclarar un equívoco: no todos están dotados de la misma "gracia" perceptiva para la obra de arte. Dice Guardini "que del fulgor del Partenón cada transeunte vería lo que estuviera concedido a sus ojos", es decir, a su sensibilidad y formación estética, porque el "Partenón, en su especie, es tan difícil de comprender, y requiere tan grande esfuerzo como la filosofía de Platón"¹².

Sabemos que de todos los lenguajes, el del arte es uno de los más directos e inmediatos. ¿No decimos que vale más una imagen que mil palabras? Por ello el cristianismo ha erigido sus cátedras de formación religiosa a través del arte, hasta en los rincones más apartados de la civilización por fidelidad al mandato de su Señor: "Id y predicad el Evangelio a todas las gentes..."

4 LA IGLESIA ANTE LA CULTURA Y EL ARTE

Desde sus orígenes la Iglesia trató de transmitir la *buena noticia* del Evangelio con las expresiones y lenguaje propios de cada cultura, "haciéndose todo a todos", como dice Pablo¹³. Para ello es necesario, por una parte haber asimilado el espíritu genuino del Evangelio y por otra captar todo lo que es singular y específico de la cultura que se quiere evangelizar. Y si al principio no lo hizo más, se debió a que tenía que cimentar bien la gran novedad de Dios uno y Trino, la paternidad de Dios, la Encarnación del Hijo frente al politeísmo reinante impregnado de rigor y temor.

Sabemos que el Evangelio es transcultural; es como una luz blanca que va tomando color según las distintas tonalidades de las etnias y costumbres donde se da el fenómeno de la inculturación religiosa. "L'inculturatione riguarda un po tutti gli aspetti della vita cristiana. Dalla liturgia, per esempio, alla teologia. "C'è necessità di un'inculturatione nella inculturazione teologia. Perquè fino adesso, pensate que siamo a duemila anni dalla nascita di Cristo, c'è stato un solo modo di portare il cristianesimo nel mondo, cioè con quella teologia nata in seno alla cultura greco-latina"¹⁴.

Conviene, además, recordar que no es tarea del cristianismo crear un arte propio, al margen de los gustos y estilos de cada época; de haberlo hecho habría traicionado su conatural respeto por toda conquista del hombre en el campo de la estética¹⁵. El cristianismo no está para destruir, ni para inventar, sino para completar y perfeccionar¹⁶, y dar un sen-

12 Cf. ROMANO GUARDINI, o.c., p. 68.

13 SAN PABLO, I *Cor.* 9, 22.

14 Tomado de una entrevista que la televisión keniana (KTN) hizo a Chiara Lubich en su última visita a Africa (Nairobi, Maggio 1992), ed. Centro S. Chiara. Audivisivi.

15 ¿No fueron los monjes cristianos los copistas de las obras literarias de la antigüedad clásica? Y bastaría una visita a los Museos Vaticanos para ver la amplitud de miras con que la Iglesia acogió todas las expresiones artísticas provenientes del mundo clásico, cf. I. Rodríguez, o.c., p. 13 ss.

16 *Mt.* 5, 17.

tido nuevo a toda creación humana. Porque su novedad creativa no le viene de la tierra, sino del cielo, y cuando la Trinidad se hace Hombre en la persona del Verbo, todo lo humano le es propio, le pertenece. Y dado que la Iglesia no está ligada a una cultura determinada puede entrar en comunión con las distintas expresiones culturales, porque a través de todas ellas se puede evangelizar¹⁷.

Pero respecto al arte, deploramos –decía Pablo VI– que la mayor parte de la humanidad se sienta “intimidada, sorprendida y alejada” de lo que llaman arte hoy, y la relación con la obra del artista se da sólo a un nivel superficial y no penetra en el interior del espectador. Viendo algunas obras de arte modernas uno no se siente respetado en su dignidad personal, no se “siente amado”. Pues no sólo cuando hablamos debemos amar al otro, “ser el otro”, vivir para el otro, sino también cuando escribimos, pintamos o esculpimos, pues hemos sido modelado a imagen de la Trinidad, donde en cada una de las tres personas se da una continua relación de amor.

5 ARTE RELIGIOSO Y EVANGELIZACIÓN

Nos hemos habituado tanto a estudiar al hombre desde la filosofía, la sociología, la teología, la pastoral etc. que nos hemos olvidado de una inestimable y nunca bien valorada fuente de información antropológica: el arte. Necesitamos de él para adentrarnos en el interior de la humanidad. “El arte –según el Catecismo– es una forma de expresión propiamente humana; por encima de la satisfacción de las necesidades vitales, común a todas las criaturas vivas, el arte es una sobreabundancia gratuita de la riqueza interior del ser humano” (nº 2501).

Los artistas de todos los tiempos tienen “una vocación irremplazable en la sociedad”, pues a su modo, “ellos son reveladores de trascendencia. Y no se trata de volver a la rígida norma de la imitación figurativa; también en su abstracción debe traducir los valores y realidades espirituales de las que estamos necesitados. Con todo derecho podemos preguntarnos: ¿nos lleva el arte religioso actual al mundo del espíritu?, o ¿tal vez se ha hecho incomunicable en su obstinada obsesión por la originalidad? No siempre se puede culpar al pueblo de falta de preparación. De cualquier forma, el arte religioso, sin la vivencia de las verdades fundamentales de la fe quedaría reducido, por parte del artista, a un mero ejercicio de fría técnica académica¹⁸.

Debido a desconocimiento y dejadez, la Iglesia se sirve del arte mucho menos que en

17 Cf. VATICANO II, *Gaud. Spes*, 58-59.

18 Cf. ALFONSO LÓPEZ QUINTÁS, *La Experiencia Estética y su Poder Formativo*, ed. Verbo Divino (1991), pp. 87-88. F. PÉREZ GUTIÉRREZ, *La Indignidad en el Arte Sacro*, ed. Cristiandad (Madrid 1961), pp. 111, 138. Y Chiara Lubich dice: “La fuente de la inspiración del artista está en el alma. El arte es saber transmitir algo de aquello que en el alma no muere”. Porque “l'artista dona, in certo modo, la creatura piú bella della terra: l'anima umana”, (de una reflexión suya sobre la *pietà* de Miguel Ángel).

el pasado como medio popular de evangelización, y “si el patrimonio artístico y cultural de la Iglesia no sirve a la fe, no tiene razón de ser”. Y sin embargo “es incalculable el valor informativo y formativo de los museos [y obras religiosas fuera de los mismos] que pueden ser inapreciables instrumentos en la pedagogía de la fe y en la elevación del espíritu humano. El museo de arte religioso no es un almacén de recuerdos, no es pura arqueología, sino escuela de promoción humana y de catequesis; su misión principal es pastoral”¹⁹.

Es verdad que la Iglesia española, en sus últimos años, está haciendo un gran esfuerzo por presentar el patrimonio religioso al gran público, como lo demuestran las distintas exposiciones de las *Edades del Hombre*, el magnífico pabellón de la Santa Sede en la Exposición Universal en Sevilla del año 1992, y tantas otras que se han hecho de carácter monográfico en distintas diócesis de España.

La diócesis de Murcia ha ofrecido varias exposiciones monográficas: El Misterio de la Navidad en el 1992, La Eucaristía, Memorial del Señor 1993 y otras.

Pero no podemos quedarnos en estas grandes manifestaciones; tendríamos que servirnos mucho más del patrimonio artístico de las parroquias, conventos, museos, y de la ingente herencia que nos han dejado las cofradías, y siguen incrementando con renovada ilusión buscando siempre los mejores artistas del momento.

No quiero terminar esta introducción sin lanzar una idea que sin duda resulta un reto para todos los murcianos.

¿Por qué no construye Murcia ciudad un gran museo pasionario donde podamos admirar tantas imágenes que pasan todo el año escondidas en bajos y almacenes y que sólo podemos contemplarlas algunos días durante la Semana Santa? Muchas de las esculturas pasionarias están expuestas al culto y eso hay que respetarlo, pues para ese fin fueron talladas. Pero todas las demás, si exceptuamos las del Museo Salzillo y las de la Cofradía de la Sangre, pues ya tiene el suyo, podrían constituir un amplio museo que serviría de catequesis evangelizadora para grandes y pequeños.

¹⁹ Cf. DAMIÁN IGUACEN BORAU, *La Iglesia y su Patrimonio Cultural*, editorial Edice (Madrid 1984), pp. 164-165.